

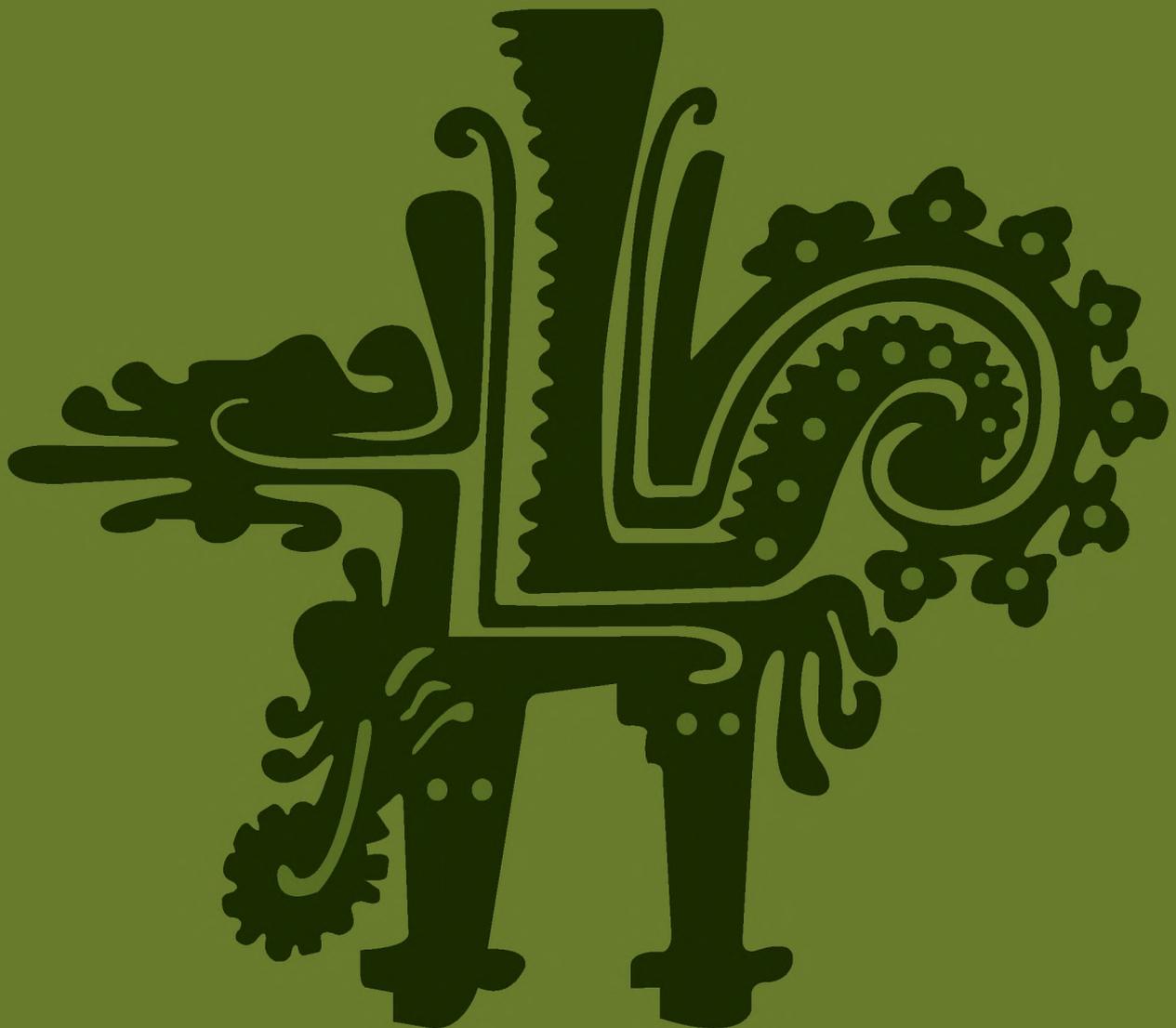
Índice

020.9866



REVISTA ECUATORIANA DE
BIBLIOTECOLOGÍA

Nº 2 y 3 AÑO I ISSN 38442





SUMARIO

EDITORIAL • 13

TEMAS

- Las ideas de un quiteño subversivo: Eugenio Espejo • Jorge Núñez Sánchez • 7
La Asociación Ecuatoriana de Bibliotecarios:
Una pequeña aportación a su historia • María Eugenia Mieles • 15
Ecuador no es una sociedad de lectores • Edgar Freire Rubio • 19

DIÁLOGO

- Ana Vargas de Vela: Alerta al devenir • Entrevista de Ricardo Ortiz • 23
Eduardo Kingman: La biblioteca como umbral • Entrevista de Eduardo Puente • 25

DOSIER

El abrazo del lector:

- Una mirada al discurso en la formación de lectores • Liset Lantigua • 31
Lectura combativa: la verdadera lectura crítica • Javier Saravia • 36
Importancia de la Lectura; pero ¿qué tipo de lectura? • Eduardo Puente • 44

DEBATE

- Del documento impreso al documento electrónico
Mariana M. González, María Emilia Camacaro • 53
Estudio de percepción de estereotipos sociales sobre la Bibliotecología, Ecuador
María de los Ángeles Ormaza, Juan Carlos Morales, Juan Manuel Gómez • 57
Declaraciones bibliotecarias: ¿Rumbo al desarrollo sostenible? • Renny Granda • 64

CÓDICE

Selección de obras de la cultura La Tolita-Atacames • 71

HOMENAJE

Eulalia Galarza • Vicky Saltos • Leonor Villao • 77

NUESTROS ARTICULISTAS Y ENTREVISTADOS • 79

Revista Códice 020.9866 es una publicación semestral de la Asociación Nacional de Bibliotecarios «Eugenio Espejo» de Ecuador. Todos los derechos quedan reservados.

La reproducción de los contenidos se autoriza citando la fuente.

Las opiniones y contenidos son responsabilidad exclusiva de sus autores. Códice 020.9866 no se hace responsable de la información y legitimidad de los anuncios publicados en esta revista ya que son responsabilidad de cada anunciante.



ECUADOR NO ES UNA SOCIEDAD DE LECTORES

Son más de 43 años en que estoy tras de un mostrador de una Librería. (eso del mostrador es una metáfora, ya las librerías botaron esa barrera entre anaquel y cliente). Habrán pasado miles y miles de personas que fueron atendidas con afecto. Cientos de miles de libros que han sido acariciados por mis manos. Cientos y cientos de anécdotas inolvidables. Rostros y gestos de nuestra llamada intelectualidad. Presumí conocer sus gustos. Alguna vez anoté lo que compraban. Ese infantil gesto de la imitación. Y no me defraudaron.

Muchos eran sibaritas de la lectura. Les fascinaba las bellas ediciones, los mejores traductores, la impresión impecable de cada página, y si venía alguna ilustración portentosa, mejor —Dalí o Doré, por ejemplo—. Eran personas que visitaban la inolvidable CIMA con frecuencia. Decían que destinaban un porcentaje de su salario para comprar libros. Sus conversaciones eran inevitablemente «literarias» con una que otra chismografía política y la consecuente risa estrepitosa (cómo olvidar la de Benjamín Carrión). Eran sencillamente Lectores.

Hay otros, que sin rubor, hay que nombrarlos. Son los que ven en el libro y en su lectura, defectos. Casi siempre se quejan del libro «caro» (caro es un zapato chino que en el primer aguacero se destroza. El libro, efectivamente puede ser costoso). Pero son los mismos que van a un supermercado y en su carrito ponen un licor fino y nunca refunfunan por el precio. Lamentan siempre la falta de tiempo para leer, pero se pueden pasar horas y horas delante de una ventanilla para comprar una entrada de fútbol para las eliminatorias. O para ver en vivo y en directo a un hombre o una mujer que se contonean

en un escenario y guturalmente cantan una canción. O son esos que van durmiendo todo el recorrido de un bus y jamás llevan en sus manos un periódico o una revista para hacer trabajar a sus neuronas.

¿Otros especímenes?: profesores que jamás leen (salvo siempre las excepciones que se cuentan con los dedos de la mano) y envían a sus alumnos a leer en un fin de semana *La comedia humana* de Balzac, *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, *Los miserables* de Víctor Hugo, *Don Quijote de la mancha*, *La Iliada* o *La Odisea* de Homero. Pero no vayan a creer que de esto se salvan los profesores universitarios. *El Capital* de Carlos Marx es un texto de obligada lectura (y muchos creen que el digesto es efectivamente la «obra completa»). Leer *El príncipe* de Maquiavelo es una «locura». ¿No tiene un resumen que pueda venderme, porque tengo que dar lección el lunes? Es la justificación. Hay muchos estudiantes que confunden *El príncipe* con *El principito* de Exúpery (hay algunos que inquieren si hay un DVD, sería mejor. Ojo: ¡Ripley nos queda sobrando).

¿Quién dijo que todo está perdido...? Es el verso de una canción de Fito Páez. Y en la lectura bien vale reconfortarse. El Librero también conversa con gente joven, que van a una Librería y hacen ese paseo por el paraíso. Y se solazan leyendo en voz alta un poema de Benedetti o Neruda; les entusiasma la Pizarnik, Bukowsky... Que ya sean devorados *El extranjero* de Camus; *Los hermanos Karamazov*; *Las olas* de V. Wolf o *El amante* de Duras. Y Onetti, Roa Bastos, Arguedas, Amado, no les resulta ciencia esotérica. Inquieren por *Corazón tan blanco* de J. Marías o algo de Villa-Matas. Jóvenes que ya borronean sus primeros poemas o

**Mira con recelo a quien
te diga que no tiene tiempo,
que la literatura es algo
hermoso, pero que sólo se
lee cuando se es joven**

cuentos. Que sacan de sus bolsillos sus ahorros y piden un descuento, *porsiacaso*.

No faltan esos padres de familia que van con sus hijos a las Librerías. Y junto con ellos escogen el grano de la paja. Y que van más allá de los Harry Potter —no crean que soy un censor, pero sin dejar de agradecer a la millonaria Rowling, me quedará siempre con *El señor de los anillos* que eso es palabras mayores. Era uno de los libros preferidos de Alfredo Pareja Diezcanseco— y buscan y se entusiasman con una bella edición de *Las mil y una noches*, *La isla del tesoro* de Stevenson, las obras de Jack London, *El guardián en el centeno* de Salinger (todo joven debería leer y reflejarse en esta olvidada obra), algunas novelas de Conan Doyle... En fin.

Hace muchos años hice un libro que recogía testimonios de lectores. Más de un centenar confesaron que se convirtieron en devoradores de libros porque tras de ellos hubo un papá, un abuelito, un sencillo maestro

(no un profesor). Y por ahí hasta un arriero que iba de pueblo en pueblo prestando libros. O que le sacaron provecho a las bibliotecas personales, de la escuela o la de sus amigos. Linda gente que todo tiempo fue aprovechado para leer y leer con pasión y alegría.

Hoy, muy ufanos, decimos que hemos derrotado al analfabetismo. Sin ser aguafiestas no me uno a ese jolgorio. Quedan cientos de miles de analfabetos estructurales o funcionales. Aquellos que están en la Asamblea Nacional, en los Ministerios, en la «majestad del poder», poder que nunca ha sido pedagógico ni siquiera en su discurso. ¿Cuándo alguien se ha atrevido a preguntar al señor presidente cuáles son los libros que cambiaron su vida? ¿O lo que tiene cercanamente en su velador?

Ecuador no será nunca altivo ni soberano, ni la patria será de todos, mientras no pobleemos el país de bibliotecas; mientras hayan profesores que no leen; mientras hayan padres de familia que atiborren a sus hijos de artilugios electrónicos o celulares y el libro esté ausente. Y como mea culpa, Libreros que tampoco leen, pero dominan la computadora.

Me sigue zumbando esa larga frase de Roberto Cotroneo de ese bello libro, *Si una mañana de verano un niño*: «Fíate de quien ama la lectura, fíate de quien siempre lleva consigo un libro de poesía. Mira con recelo a quien te diga que no tiene tiempo, que la literatura es algo hermoso, pero que sólo se lee cuando se es joven, y luego... miente, no le importa nada. Miente sabiendo que miente...» ■■■■